

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA SEMANAL DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

REDACTORES,—LEONIDAS PACHECO Y J. MARCELINO PACHECO.

EDITOR PROPIETARIO,—JOSÉ ANTONIO SOTO.

PRECIO DE SUSCRICION

En Costa Rica..... \$ 1-50
En el extranjero „ 2-00
Número suelto..... „ 0-25

Año II.—Tomo II.—Número 5°

San José, 13 de octubre de 1888.

DIRECCION Y ADMINISTRACION,

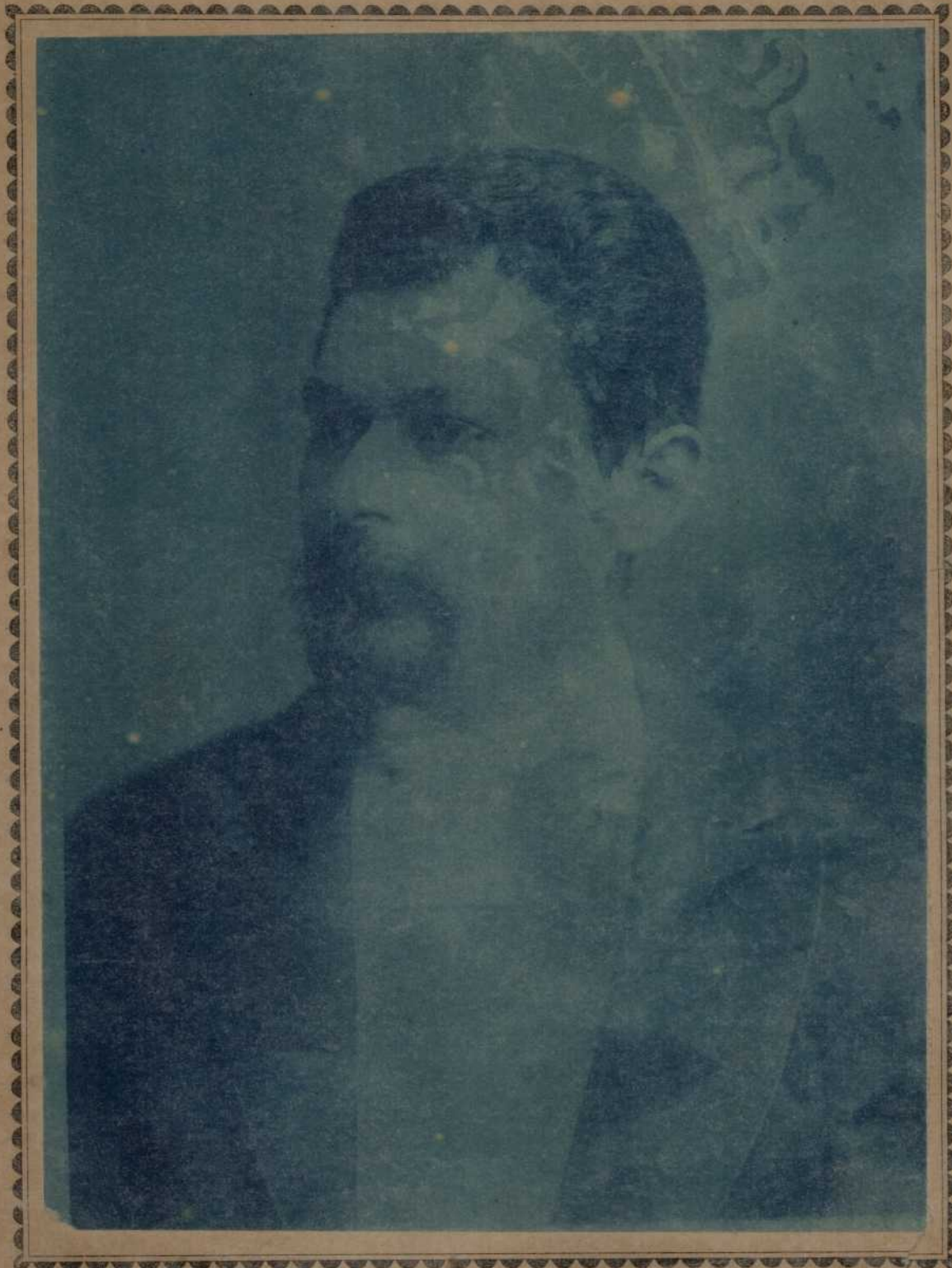
CALLE DE LA MERCED, N° 3, NORTE.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

Costa Rica Ilustrada se publica todas las semanas.

La suscripción es por trimestre adelantado.

Apartado en el Correo, número 93.



PEDRO PÉREZ ZELEDON,

Plenipotenciario de Costa Rica en Washington.

SUMARIO.

Don Pedro Pérez Zeledón. por La Redacción.—Discurso pronunciado por el socio Francisco Quinteros A., en "El Ateneo de Guatemala".—Marieta, leyenda, por Emilio Pacheco.—Libertad, por Antonio Valenzuela H.—Impotencia, por Justo A. Facio.—Juan de Dios Peza, por Apolonio Romo.—El baile del 25 de setiembre, por R. L. I.—Rimas, por Pío Viquez.

Grabados.—Don Pedro Pérez Zeledón.—Mamita, mazurka.

Anuncios.

Don Pedro Pérez Zeledón.

HASTA 1885, el Licenciado Pérez Zeledón fué apenas un jurisconsulto en toda la significación de esta palabra. Gran civilista, peritísimo consultor, hombre conocedor del derecho como pocos y con una inteligencia profundamente reflexiva, ganó los litigios confiados á su celo, hizo su camino sin descarrilamientos ni paradas, y adquirió nota como abogado de primera reputación. Pero á pesar de esos méritos, que le fama arrojaba á los cuatro vientos, su nombre no era, en la fecha mencionada, de los que surjían por los limbos de lo porvenir: nadie imaginara en aquel entonces que, á la vuelta de tres años, aquel jurisconsulto llegara á ser figura distinguida en la política y en la diplomacia.

Y cuenta que su envidiable posición no la debe á esfuerzos ajenos, sino á su talento, á su laboriosidad, á su mérito. Pasó la primera parte de su vida en la sombra. Hoy es una figura de luz propia.

El Licenciado Pérez Zeledón se lo debe todo á sí mismo: no le recibieron en la vida ni brazos de princesa ni ropas albas de Cambray. ¡Qué luchas debe haber sostenido para ser lo que es! Sacrificios de toda especie, batallas inauditas en que el amor propio queda profundamente lacerado, batallas contra las preocupaciones sociales, todo eso sufren estoicamente los que sintiendo anhelo poderoso en el espíritu, no tienen un origen acariciado por las auras de la fortuna. Discutido por la generalidad, negado por unos, exaltado por otros, al fin el Licenciado Zeledón ganó todos los sufragios, porque tenía la virtud del estudio y el alma encendida por todos los ideales altos y generosos del hombre moderno.

Allá por el año de 1880, sus anhelos de patriota retorciéndose y bramaban en la oscuridad: quería para su patria el régimen del derecho, la impaciencia juvenil le urgaba sin cesar, y entre tanto las instituciones dictatoriales, con su abrumador silencio, le sepultaban tristemente en las sombras. De un momento á otro el Gobierno pronunció la palabra libertad, y el partido de oposición se aprestó para la lucha. Estalló esta: en la tribuna se dejaron oír acentos enérgicos; la prensa, llena de elocuente ira, lanzó su anatema contra el orden entonces existente; se manifestó la nobilísima ambición de vivir en el seno de una sociedad libre, y las fórmulas del nuevo movimiento político vibraban en los labios como un consuelo supremo. Aquel torrente impetuoso no podía ser tolerado, y la suspensión de las garantías individuales puso fin á la procelosa agitación. Como consecuencia inmediata vinieron las proscripciones, y el Licenciado Pérez Zeledón fué lanzado á una aldea lejana.

Se perdió aquel régimen en la noche de ultratumba, y más tarde una evolución sosegada, y con ella la juventud—reformadora por naturaleza, progresiva de instinto—trajeron al poder la actividad de la inteligencia y la actividad de la vida. En el año de 1885 fué nombrado el Licenciado Pérez Zeledón para servir la Subsecretaría de Estado en los despachos de Hacienda y Comercio, y allí empezó á trabajar en la vida pública, y

sus trabajos revelan la constante ebullición de su pesamiento, comunicada á todo el organismo que lo mueve y lo domina con absoluto imperio.

Subsecretario de Hacienda, Subsecretario de Guerra, ó Comisionado de Educación del Gobierno, fué siempre un modelo de actividad que los jóvenes debemos imitar; pero el destino tenía previsto y ordenado que aquella figura creciera, y llegada la ocasión, se decidió á ofrendar algo más que los méritos adquiridos: ofreció á la patria su reputación y su porvenir. Puso su suerte futura en la decisión inapelable de un arbitraje, y aceptó un porvenir incierto y lleno de irremediables contrariedades, caso que la fortuna le fuera adversa.

Fuó aquel un acto de fe, una confianza ciega que el Licenciado Zeledón pudiera tener en la justicia de la causa cuya defensa tomaba á su cargo. Si se considera que el mundo confunde la inteligencia con la fortuna y que no se postra sino ante las obras de éxito, se podrá medir el arrojito con que aceptó tamaña responsabilidad.

Sabido es que ni los propósitos más honrados, ni los servicios más eximios, ni la sagacidad más delicada, ni la reputación mejor adquirida, son cualidades respetadas por el mundo, si quien los posee no es el heraldo del éxito, si no lleva á su suerte remolcada la fortuna. El mismo sacrificio no es debidamente apreciado si no ciñe las palmas de la victoria.

A la ingratitud ó á la indiferencia de sus conciudadanos se exponía nuestro Ministro en Washington, si después de desvelos, incertidumbres y trabajos, el fallo venía á ser carcajada funesta para sus anhelos de patriota. Sin embargo, aceptó la responsabilidad que aquel cargo le aparejaba, trabajó empeñosamente con la fé del creyente, puso toda la vida en el pensamiento, venció como bueno en la lucha noble de los razonamientos, y llegado el momento oportuno, delante del vencido, supo templar con una frialdad exterior el fuego vivo del corazón, y disimular la animación de la sonrisa. Las auras de la fortuna acariciaron una vez más aquella frente serena, aquella naturaleza impassible que sólo se deja impresionar en el grado y en la medida que aconsejan las circunstancias.

El triunfo diplomático obtenido en Washington por nuestro Ministro, resuelve el problema entero de su vida. Antes de esa obra era apenas un hombre de reflexión trabajada, un cuerpo de doctrina, un archivo de preceptos, un abogado distinguido. Hoy es una figura que, al entrar de lleno en la vida pública, no lleva historia que excusar ni responsabilidades que defender. No trae mas que una de esas ejecutorias que extiendan y rubrican el talento y el honor. Es, sobre todo, el triunfo del mérito personal sobre la dominación tradicional de lo antiguo.

DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SOCIO FRANCISCO QUINTEROS A.

EN "EL ATENEO DE GUATEMALA."

Señores:



A naturaleza, sabia en todas sus manifestaciones, nada hace sin un fin determinado. Sus obras de una perfección acabada tienen ese sello particular, que admira, seduce y cautiva á la par que atrae.

Cuando en la soledad de un gabinete se contemplan en el mapa los continentes, de seguro que el observador fija sus ojos en esa perla de los mares que se llama América y desde los confines Británicos hasta el cabo de Hornos, pasea su mirada contemplativa por ese cúmulo de nacionalidades surgidas de los cataclismos sociales de principios de este siglo.

Yo me fijo en el mapa de la América y admiro en el

Norte la constancia de la raza que la hábita, admiro en los puritanos la austeridad de su carácter, admiro sus obras gigantescas, admiro Brooklyn con su puente, admiro á Morse y Fulton y admiro á Wáshington.

En la América del Sur veo destacarse, como una espada candente del fondo del Pacífico, á la República modelo, á Chile, y saludo con respeto á sus héroes de 1820, saludo y venero á San Martín en Maipú; saludo al Perú frente á frente á Méndez Núñez, y Grau haciendo de sus buques las Termópilas de su nación.

En las tres Repúblicas granadinas saludo á Sucre, saludo á Páez, saludo y venero á Bolívar.

Pero Centro América, señores, ¿dónde está? Centro América, mi patria querida, yace ahí en medio de los océanos presidiendo el concierto de las naciones, bañada por dos mares y cubierta eternamente de azules y sonrosados celajes, con lagos en cuyas ondas se retrata el águila de los Andes y en cuyos bordes besa trémulo las aguas el junco temblador.

Las pasiones y los egoísmos han manchado su virgen suelo y han hecho de este jardín de la América, que la naturaleza y el destino de consuno habían creado para la unión, cinco fragmentos que siguen ¡insensatos! desgarrándose con saña cruel.

Yo admiro, patria mía, tu suelo feraz, tus bosques que tienen el mar por límite; admiro tus cien volcanes con sus eternos y blancos penachos, gigantes que parecen tocar el cielo; admiro á tus héroes, pero ¡ay! admiraré sus errores?

Tus hijos, tras sañuda y cruel guerra, rompieron tu manto virginal y hoy esclava del destino sigues irresistible el sendero de las pasiones.

El inmortal Batres Montúfar refiriéndose á la anarquía de años pasados decía:

“¡Oh cara y adorada patria mía,
Con razón barre el polvo tu diadema,
Con razón tu existencia es agonía,
Con razón tu destino es anatema!”

Y tenía razón: la fracción separatista en su incesante trabajo por la división logró hacer salir de la oscuridad á Carrera, á Ferrari y demás individuos que con la cruz, señal de redención, en una mano y el fusil en la otra asaltaron á las poblaciones indefensas y reconocían por única ley la de la fuerza.

Sólo una fracción de la sociedad protestaba enérgicamente contra el retroceso á la barbarie, y sus promesas y juramentos, hechos en los momentos de peligro, eran la sentencia de muerte que aquel tirano de los treinta años imponía á la libertad.

Muere Morazán en 1842 y aquella unión, aquel lazo de hermandad como si fuera un lazo de maldición que los estrechara, es roto ¡ay! para no volverse á unir!

El partido del progreso continuó protestando; pero su voz que aun no era tiempo que resonara en las cámaras populares ni menos en el Gobierno de alguna de las cinco Repúblicas, se perdía en los estrados y en los claustros. Su voz que siempre ha aconsejado la igualdad, la fraternidad la “unión”, era apagada por el rumor de las alabanzas y el humo del incienso quemado en torno de los mandatarios.

Por eso cuando en nuestros días luce alguna ráfaga de esperanza, cuando se distingue á lo lejos una luz que cual naufragos vemos en mar borrascoso, por eso digo, es digna de encomio y de los mayores elogios esa actitud que llamando á los dispersados miembros de una misma familia á olvidar sus mutuos agravios, convida á darse un abrazo de concordia y á sellar con sus juramentos esa unión, ideal de nuestros mayores, que á fuer de ser tan deseada se presenta tan difícil.

Yo he oído decir, señores, como una especie de tradición, que hace diez lustros mi patria se extendía desde el ítsmo de Tehuantepec hasta el escudo de Veraguas. Era una patria feliz, grande y próspera, tal cual en mis ideales de joven

me complazco en considerarla hoy. Era una patria que tenía por lema la igualdad y la Libertad, donde el ciudadano tenía la conciencia de sus deberes y la conciencia de sus libertades cívicas.

Tierra privilegiada, mansión de la dicha, paraíso de la América!

¿Y qué fué de esta gran patria? El mar siempre proceloso de las pasiones, de las pasiones rastreras, hizo naufragar aquella gentil nave que había resistido ya á tantas tormentas ¿Qué nos queda? CINCO GIRONES... ¡sarcasmo é irrisión de aquel poder, de aquella grandeza!

Sin embargo, y como providencialmente, la democracia, en su constante trabajo, en su irresistible marcha, ha sabido inspirar á los gobernantes ideas regeneradoras que han llevado á cabo.

La democracia es la que ha hecho abrir numerosos plantales de instrucción. El territorio Centroamericano se halla sembrado hoy de escuelas donde se imparte igual instrucción al que altivo, se cree desendiente de Carlos V y al humilde hijo del pueblo que tiene por ascendientes á Lempira y á Tecum-Umán.

A la juventud que hoy me escucha, educada en esos planteles, toca, al juzgar mis palabras, preguntarse sinceramente si no será ella la que deba hacer el principal papel en la resurrección de este nuevo Lázaro; si no será ella la que ha contraído tácitamente con los próceres de la patria, el solemne compromiso de levantar la bandera que ellos tremolaron victoriosa tantas veces; vencida hój, mas no humillada.

El estandarte mil veces bendito de la Unión ha sido tremolado en dos ocasiones y en la última década en Centro América. El 2 de abril de 1885 el General Barrios muere en los campos de Chalchuapa y hasta los ánimos más esforzados creían que la idea unionista había cedido el campo á las pasiones, á los egoísmos y á las banderías de partido; pero he aquí que Costa Rica que se creía fuese la más rehuca y la más opuesta á ese ideal, dicta por medio de su digna y libérrima Asamblea, decreto que borra las sospechas, alienta los corazones y fortalece aquellos espíritus timoratos prestos á abandonarse al primer contratiempo.

¡Loor á ese alto cuerpo y loor á ese pueblo que, tras las vicisitudes de sesenta y siete años, ha sabido conservar puro y firme en el fondo de su corazón el fuego santo de la Libertad y la Unión!

Yo, desde el seno del Ateneo, hago votos por la felicidad de estos pueblos tan cansados, tan sufridos y dóciles, tan valientes y heroicos.

Costa Rica merece un aplauso: yo de lo alto de esta tribuna se lo doy y uno mis aclamaciones á las de mis hermanos!

DIJE.

Guatemala, 16 de agosto de 1888.

MARIETA.

A mi amigo don Carlos Gagiñi.

(Continúa).

XXVII.

¡Un antes que la aurora refulgente
asomara en oriente,
la ruborosa y tímida Marieta,
velada por la luz de la mañana,
en la abierta ventana
de su hogar, esperaba á Julio, inquieta.

XXVIII.

A los dudosos, prístinos reflejos
del sol, allá á lo lejos,
miróle con afán é inmenso anhelo,
montado en un bridón, noble y airoso,
volar hacia ella ansioso,
impaciente y febril en su hondo duelo.

XXIX.

Detuvo su corcel, y en instante
junto á su tierna amante
de pie ya estaba conturbado y mudo;
la mano le estrechó, bajó la frente,
y de su amor ardiente
entonces quiso hablarle, mas . . . no pudo.

XXX.

Tal fué el oculto, acerbo sentimiento
que en tan duro momento
el fondo removi6 de su amargura;
mas vuelto en sí su corazón maltrecho
hacia su amante pecho
la atrajo palpitante de ternura.

XXXI.

— ¡ Adiós, adiós, le dijo enajenado,
con acento ahogado,
contigo dejo mi alma y mi alegría,
no me arrojes, ingrata en el olvido,
adiós, ángel querido,
único afán de la esperanza mía! —

XXXII.

Marieta de emoción pálida estaba
y en vano ay! intentaba
expresar su dolor inmenso y duro,
hasta que al fin apasionada, ardiente,
prorrumpió dulcemente
— ¡ Olvidarte! . . . jamás, yo te lo juro! —

XXXIII.

Rendido al golpe de su suerte impía,
en vano Julio ansía,
por desasirse de tan dulces lazos;
lanzando tierna y punzadora queja
al fin de ella se aleja
llevando el corazón hecho pedazos.

XXXIV.

La joven con los ojos lo avasalla,
y lo detiene, y calla;
entonces Julio en el creciente exceso
de su pasión mal reprimida y loca,
en su encendida boca
imprime ardiente, interminable beso.

XXXV.

Casi vencido y de valor ya falto,
á su corcel de un salto,
arrebatado y súbito se lanza,
la brida tiende, en el ijar la espuela
clava, y corre, y vuela
en alas del acaso y la esperanza.

XXXVI.

El potro en nube polvorosa envuelto,
aligero, resuelto,
devoraba el espacio en su carrera,
en tanto que ella en su ilusión herida,
llorosa, conmovida,
corrió á ocultar su lágrima primera!

XXXVII.

¡ Llanto reparador, triste consuelo,
que en su infinito anhelo
encuentra el pecho que el dolor devora;
en vano, en vano en busca de su fuente,
se agitará impotente
de la Razón la musa redentora!

XXXVIII.

Ya al declinar la tarde Julio llega
á pintoresca vega,
do los soldados, — de la patria gloria, —
con marcial apostura y noble aliento,
ansiosos el momento
esperan, de marchar á la victoria.

XXXIX.

Ardiendo entonces de entusiasmo santo,
incorporóse en tanto
á las invictas huestes altaneras.
Súbito oyóse del clarín tonante
el grito penetrante
que resonó en las cóncavas esferas,

XL.

y emprendieron las bélicas legiones,
á los guerreros sonos,
la formidable y sin igual jornada,
entre vítores y hurras de contento,
con la bandera al viento
en majestuosas ondas desplegada.

XLI.

¡ Con qué noble tesón, con qué entereza,
venciendo la fiereza
de los agrestes montes y pendientes,
en su forzado é improbo ejercicio,
corría al sacrificio
aquella altiva hueste de valientes!

XLII.

Al despuntar del anhelado día,
después de horrible y fría
noche, llegó la tropa á la frontera;
sentó sus reales y aguardó impaciente
al enemigo ingente,
bajo la invicta y tricolor bandera.

XLIII.

Una tarde por fin, de enhiesto monte
que corta el horizonte,
y do su viva lumbre el sol derrama,
vieron bajar de aceros recamado,
al enemigo osado,
cual sierpe inmensa de fulgente escama.

XLIV.

A intervalos se oía, aunque extinguido,
el eco indefinido
de bélico clarín; tras fuerte valla
entonces, á una voz se atrincheraron,
é inmóviles aguardaron
de la contraria hueste la metralla.

XLV.

Poco después, henchido de ardimiento,
con ímpetu violento
abalanzóse el enemigo osado,
rompiendo el fuego y esgrimiendo el sable
al cerco inexpugnable
do en breve fué con gloria rechazado.

XLVI.

Mas otra vez con redoblado brío,
cual impetuoso río
que se desborda arrebatado y ciego,
acometi6 de pronto la trinchera.
¡Qué lucha entonces fiera
trab6se cuerpo á cuerpo á sangre y fuego!

XLVII.

¡ Con qué digna entereza é inextinguible
ardor, bravo, impasible,
en su revuelto potro Julio avanza
á lo más recio del combate fiero,
lanzando de su acero,
relámpagos de muerte y de venganza!

XLVIII.

Ay! al recuerdo de su amada, hermoso,
su pecho generoso
de santo patriotismo se encendía;
que aun al través de la matanza horrible,
su imagen apacible
con incesante afán le perseguía.

XLIX.

Después de pocas horas de enconada
lucha, en retirada
desastrosa, dejó la liza; incierto
huyó desordenado el enemigo,
llevándose consigo
á su caudillo derrotado y muerto.

L.

En tanto tramontaba al occidente
el sol, y lentamente
del ancho cielo al escarpado monte,
la bruma vagorosa descendía
y en sombras envolvía
la inmensidad azul del horizonte.

LI.

Natura toda se entreg6 al reposo.
El bravo y victorioso
ejército tranquilo reposaba;
mas ay! al despertar ¡ que triste escena
de espanto y muerte llena,
á su at6nita vista se mostraba!

LII.

Por doquier la mirada dirigía
tan sólo percibía,
al buitre revolando allá en la altura,
y destrozado, aterrador y yerto,
al enemigo muerto,
sobre el revuelto campo y la llanura.

LIII.

¡ Oh Guerra asoladora y formidable,
engendro abominable
de las pasiones de la humana vida:
á tu fragor la Tierra consternada,
presencia demudada
de sus hijos la lucha fratricida!

LIV.

¡ Y aún hoy el hombre en su feral porfía,
se esfuerza cada día,
no en proclamar la paz y en lazo estrecho
unir los pueblos todos, sino fiero
imponer ay! su acero
á la razón augusta del Derecho! . . .

(Continuará).

EMILIO PACHECO.

LIBERTAD.

¡ Libertad! ¡ Libertad! tu nombre santo
me ilena de entusiasmo y de alegría
porque á la sombra de tu regio manto
progreso ha de alcanzar la patria mía.

Tú que eres el azote del tirano
y que llenas de espanto su negra alma,
tú haces igual al grande y al enano,
y engendras del amor la hermosa palma.

¿ Qué sería sin tí el linaje humano?
¿ qué sería la vida, qué el progreso?
¿ quién otro, que no fuera con tu mano,
habría muerto al negro retroceso?

Mucho has luchado, mas al fin ya vemos
sentar tu augusta planta redentora,
del mundo hasta en los últimos extremos,
del caos de los siglos en cada hora.

¡ Feliz mi patria que á tu sombra avanza
y abriéndose á tu amor los corazones,
nos dejas ver la paz y la esperanza,
y el progreso y la luz de las naciones.

ANTONIO VALENZUELA (h).

Guatemala, 15 de setiembre de 1888.

IMPOTENCIA.

SONETO.

Quizás en suave lira yo pudiera
el arrullo imitar de la paloma
ó verter en mis versos el aroma
que despide el tomillo en primavera.

Tal vez á la sonrisa placentera
que en dulce boca de coral asoma,
á mis trémulos labios el idioma
de las vírgenes musas acudiera.

Alas de mariposa el pensamiento
tomar puede también, y en polvo de oro
con raudo giro iluminar el viento;

Sólo hallo con pesar que no podría,
para decirte en ella cuál te adoro,
vaciar en una estrofa el alma mía!

Justo A. Facio.

JUAN DE DIOS PEZA.



JUAN de Dios Peza nació en México el 29 de junio de 1852. Desde muy niño escribió versos, pues nos han dicho antiguos compañeros suyos, que lo trataron en las aulas, que allí les improvisaba con extraordinaria facilidad aleluyas y epigramas.

Dotado de vigorosa memoria, concluyó en brevísimo tiempo los estudios elementales, y pasó á la Escuela de Agricultura de donde salió el año 67 para ingresar á la Nacional

Preparatoria. Tuvo allí verdaderos amigos en sus ilustres maestros los señores Francisco Díaz Cobarrubias, Gabino Barrera, Leopoldo Río de la Loza, y, sobre todo, Ignacio Ramírez, que con paternal solicitud le distinguió y le trató, llamándole su discípulo predilecto.

Este ilustre filósofo y sabio pensador mexicano alentó á Peza para que publicara, siendo muy joven, la primera colección de sus versos y le dió para ellos un hermoso prólogo del que copiamos el párrafo siguiente:

“Fijese usted, amigo mío, en que usted se eleva sobre sus jóvenes rivales cuando describe una hermosura, cuando lamenta una desgracia que le ha dejado visibles cicatrices, ó cuando saborea en el cáliz del recuerdo las últimas gotas de un festín amoroso. Sus versos entonces, si gozosos, parecen el canto de un ángel, si tristes parecen escritos con sangre.”

¡Cuán pocos deberán en México, tan sinceros elogios á Ignacio Ramírez! Esto no sólo estimuló á Peza, sino que le abrió vasto y distinguido lugar entre todos los literatos, viejos ó jóvenes, pero compatriotas y contemporáneos suyos.

Don Ignacio Manuel Altamirano, cuya elocuente palabra es la mejor joya de la tribuna nacional, ha sido como Guillermo Prieto, el más levantado de nuestros líricos, amigo íntimo de Peza, quien en su obra sobre “Poetas y Escritores mexicanos” se ocupa extensamente de ambos.

Juan de Dios Peza se ha formado solo; muy joven le vimos entregarse sin recursos á los estudios, cuando su venerable padre que había ocupado altísimos puestos públicos, sufría las penalidades del destierro.

Pero el carácter de nuestro poeta, es su mejor medio para abrirse paso en todas partes: dulce, afable, sincero y sensible como un niño, basta oírle hablar un poco para quererle desde entonces y depositar en él una extrema confianza.

Peza concluyó los estudios preparatorios y pasó á la Escuela de Medicina. Allí fué el hermano predilecto de Manuel Acuña y con él, con Cuenca, con Silva (Gerardo M.), con Garza, con Santa María, con Paz Gustavo, con Ortiz Francisco y con Portillo, inició aquel movimiento literario que dichos jóvenes sostuvieron, pocos años después de restaurada la causa de la República.

Cuando iba Peza muy avanzado en sus estudios profesionales, tuvo que abandonarlos para entregarse al periodismo y redactó *El Eco de Ambos Mundos*, *La Revista Universal*, *El Búcaro*, y otros muchos diarios de importancia.

Dió al teatro tres obras en verso: “La Ciencia del Hogar,” “Un Epílogo de Amor” y “Los últimos instantes de Colón.” Más tarde publicó dos tomos de poesías, el primero con prólogo de Ramírez y el segundo intitulado “Horas de Pasión,” en el que brilla su delicado poema “En el hogar y en el mundo.”

Fué á España á principios de 1878, como segundo Secretario de nuestra Legación, y todos recordamos con cuánto entusiasmo se le recibió en Madrid. Amigo íntimo de Grilo, de Blasco y de Velarde, muy querido de Castelar, de Selgas, de Campoamor, de Núñez de Arce, de Hidalgo de Mobellán, de Barbil de Unquera y de Martínez Pedrosa, publicó, precediéndola de valiosísimas cartas de estos eminentes escritores, “La Lira Mexicana,” colección de los mejores versos de nuestros poetas, que se agotó en muy pocos días y que mereció grandes elogios de toda la prensa extranjera y de César Cantú que la cita en su “Historia de los últimos treinta años,” ensalzando al señor Peza.

No es hiperbólico decir que hasta que Peza fué á Madrid, no se conocieron allí á nuestros poetas; él, que frecuentaba los más altos salones, recitaba los mejores versos de ellos y publicó en la *Ilustración* retratos de los más importantes.

De vuelta en México, siendo ya miembro de muy importantes sociedades, ha seguido cultivando con entusiasmo las bellas letras, y ha llegado como poeta á tal altura, que el mejor elogio que de él pueda hacerse, es decir que es el creador

de una escuela *sui generis* basada en el realismo del sentimiento.

Habiendo sufrido en la vida grandes golpes, de esos que se resisten sólo con su gran espíritu y con esa filosofía que todos admiramos en él, ha escrito y publicado en el importante semanario *El Album de la mujer* esos preciosos poemas que aquí coleccionamos: “Mi mejor Lauro,” “Cenar en casa,” “Mi hija Margot,” “Bebé” y tantos otros que ya han sido traducidos á extraña lengua y que constantemente están reproduciendo los periódicos de la República.

Muy querido en esta sociedad, amigo leal, padre amanísimo, hijo modelo, pasa por encima de todas las miserias y mezquindades humanas, y tiene, como dice uno de sus biógrafos, una religión: su anciano padre muerto; una pasión: la poesía; un solo amor idólatra: sus hijos.

El poeta ha escrito con otro eminente poeta, que es sin duda el amigo á quien más quiere y el mentor que más respeta, con el señor General Vicente Riva Palacio, una obra preciosa que se intitula “Tradiciones y Leyendas Mexicanas.”—Las dos lirras han creado juntas un monumento para nuestras etras.

Para concluir, diremos que Juan de Dios Peza, que acaba de publicar su libro de versos que se agotó en poquísimos días, proporciona á todos los hogares momentos de verdadero solaz con sus pensamientos.

El conocido escritor Hilarión Fías y Soto, al cual pocos le deben elogios, dice en un artículo lo que sigue:

“Juan de Dios Peza, con su magnífico lirismo, que lo coloca hoy, sin disputa, en la cima del arte poético mexicano, ha hecho en su libro un nido blanco y perfumado donde arrulla á sus hijos, á esos preciosos niños que yo he sentado alguna vez en mis rodillas, pensando en que, con el nombre de su padre, han llegado sin sentirlo y sin saberlo á los nimbos del espacio soñado que se llama: la inmortalidad.”

APOLONIO ROMO.

El baile del 25 de setiembre



URAZAR un ligerísimo bosquejo del que tuvo efecto en esta ciudad la noche del martes veinticinco, en el Palacio Presidencial, en obsequio de los señores Delegados á la Dieta Centroamericana, es el objeto que nos proponemos al escribir estas líneas.

Nuestra pluma no posee colorido bastante para poder reseñar ampliamente, como bien lo merece, la brillante reunión que tantos y tan placenteros recuerdos nos ha dejado.

Imposible nos sería tocar, siquiera de pasada, los mil detalles de buen gusto, decoro, fina y jovial expansión que, sin intermitencia, ofreció á nuestros ojos el reciente sarao, en el que se encontraba lo más selecto de nuestra sociedad; y más imposible aún el bosquejar siquiera imperfectamente los rasgos sin número de gracia y hermosura que en aquella velada feliz ostentaban como nunca, las bellas hijas de esta bendita tierra.

El Palacio estaba artísticamente engalanado: no dejaba nada que desear. En el salón principal se encontraban colocados los retratos de los señores Delegados á la Dieta Centroamericana.

Las habitaciones todas del Palacio estaban profusamente iluminadas más que por las luces de las bujías, por los rayos que despedían los ojos de todas las bellas allí presentes.

Son las diez y media de la noche y en todos los concurrentes se nota esa como zozobra febril que precede al momento del baile. La música, hábilmente dirigida por el señor Fournier, deja oír sus primeras armoniosas notas, y la multitud de grupos formados de caballeros, se va como por encanto desahaciendo para dirigirse cada cual en busca de su pareja.

La concurrencia es de lo más numerosa que darse puede, y toda ella está ávida de rendir su tributo á la diosa Terpsícore.

Había seis salones preparados para baile y todos ellos estaban ocupados. Se bailaba en los salones del alto con música de orquesta y en los de abajo con la música militar.

Casi todas las piezas que contenía el programa se bailaron y éste no llegó á alterarse en toda la noche.

Hubo un orden admirable.

* * *

Hay noches que debieran ser eternas, y á la que nos referimos, es una de ellas.

¡Cuántas delicias atesora la vida de sociedad! ¡Cuántos hechizos sabe ofrendar á la amistad un corazón de mujer! ¡Qué encantos los que nos ofrece una velada como la del 25!

Entre las diversiones que el ingenio del hombre ha preparado para nuestro recreo y solaz, ninguna ofrece más seductores atractivos y más celestiales encantos que el baile.

En ocasiones tales nos entregamos á nuestros devaneos y nos olvidamos de la árida y fría realidad de la vida diaria, para no pensar más que en esa bella mitad del género humano, que llamamos mujer.

Dulcísimas expansiones siente nuestro espíritu en presencia de los espectáculos que nos ofrece una noche de baile, llegando hasta hacernos olvidar los diarios sinsabores de la vida. Las nubes de tristeza que oscurecen nuestra mente, se deshacen y se evaporan para dar cabida tan sólo á nuestros ensueños juveniles y á nuestras aspiraciones color de cielo.

* * *

Quisiéramos en ocasión como esta poder pulsar la lira de oro de los poetas, para cantar así con frase galana y delicadeza artística, todos los encantos de la velada de que nos ocupamos, y que es una de las mejores de que hemos gozado en nuestra vida, y asunto interesante de nuestro descolorido boceto.

Nuestras compatriotas en esa noche estaban encantadoras. Es imposible poder describir la belleza, donaire y hermosura de cada una de ellas; para ello necesitaríamos poseer el pincel de Murillo. Sólo si diremos que aquello era un verdadero jardín en donde se encontraba toda clase de flores, desde la más gallarda y fragante hasta la más modesta y humilde; deseáramos entre tanta flor entresacar algunas y formar un precioso ramillete; pero siendo algunas de ellas tan humildes como la violeta, cremos que con ello podríamos ofender su modestia y por eso prescindimos de hacerlo.

* * *

Vagando de salón en salón, divisamos entre tanta celestial criatura como allí había, una que nos llamó la atención.—No haremos su retrato; nuestra paleta no posee bello colorido para que nuestro tosco pincel reproduzca una concepción perfecta.

Sólo si diremos que ella es una niña de talle esbelto y gentil, bella como la primera emoción de amor, graciosa cual la azucena y pura como el armiño. Su mirada es de fuego; ha dejado honda impresión en nosotros. En sus ojos había algo como una emanación divina, que producía una fruición insólita á quien ellos miraban.

* * *

Cuando dejamos volar libremente el pensamiento á una región ideal, nos encontramos siempre con esos ojos que semejan dos astros luminosos, y entonces, como el poeta, nos trasportamos en alas de la imaginación á un mundo desconocido para nosotros, en donde todo es poesía y amor.

* * *

El baile estaba en su apogeo. En todos los concurrentes se notaban la alegría y el júbilo más completo;—y no podía ser de otra manera, dada la magnificencia de la reunión.—En todas partes se advertía la misma compostura y buen tono, como apacible ambiente, y la misma juvenil alegría como cielo sin nubes, de la favorecida fiesta, que para nosotros parecía comenzar, cuando la diana nos anunciaba la aurora del nuevo día.

Tales son, pálidamente apuntadas, las gratas impresiones que en nosotros produjo la animada reunión del martes veinticinco de setiembre, y no seríamos justos si al despertarlas, no enalteciéramos cuanto se merece el progreso de nuestras costumbres sociales, vivamente manifestado en aquella ocasión, y no hiciéramos presente en este lugar la manera tan afectuosa como cortés, con que tanto el señor Presidente don Bernardo Soto como su virtuosa y simpática señora, hicieron los honores de la fiesta.

R. L. J.

RIMAS.

Muerde dolor; afila más tu diente
y haz que lo sienta bien en las entrañas:
funesto enamorado de mi vida,
cultiva mis sollozos y mis lágrimas.

Embriagarte con sangre te deleita,
y ávido en torno al asesino saltas:
regocíjate, pues, aviva el ojo.....
su puñal me ha clavado la desgracia.

Me acuchilla el cerebro todavía
el grito de mi niña infortunada.....
los ayes! se extinguieron poco á poco
y se apagó la luz de mi Mañana.

Bebí en sus labios el postrer suspiro
y tenue por mi boca pasó el alma,
y no pude llorar, porque allí mismo
de la muerte sentí la dentellada.

Porqué la vida recobré? mil veces
benditas sean las odiosas parcas:
me perdonaron, y llorar ya puedo
por la hija de mi amor... les doy las gracias.

Muerde, mastín, afila más tu diente
y haz que lo sienta bien en mis entrañas:
¡no fué brutal el hado rencoroso
con la inocente dicha de mi casa!

Pues de leal tu condición ha sido,
no me dejes un punto en la jornada,
y si me pierdes, con aullido ronco
husmea y corre para darme caza.

Tienes hambre? aquí estoy, salvaje amigo:
hártate, perro, tenme confianza:
tú recompensas bien cada bocado
que de este pecho mísero me arrancas.

Tú me afliges, pues sabes que le debo
á mi pobre Graciela muchas lágrimas....
ay! cuando ya te cansen mis gemidos,
mátame el corazón, mátame el alma.

Pl. Viquez

MAZURKA PARA PIANO.

MAMITA.

Por José Sanfaba Dal.

Piano

1^a 2^a

1^a 2^a

8^{va} alt. Fin. Dol

loco 8^{va} alt

loco mf

1^a 2^a 8^{va} alt

loco 8^{va} alta

loco

50
al. 8